

MANUAL DE SUPERACIÓN PARA PADRES E HIJOS

David y Goliath: El Corazón que Dios Ve

Libro Segundo de la Serie de Manuales Cristianos para la Familia

Ismael García R.

Director General, Academia Internacional de Calidad

Calidad humana para el éxito profesional

Prólogo

Hay historias tan conocidas que corremos el riesgo de dejar de escucharlas. La de David y Goliat es una de ellas: la repetimos como sinónimo de valentía frente a lo imposible, y en el camino olvidamos el detalle que le da sentido a todo lo demás: antes de enfrentar al gigante, David tuvo que enfrentar algo más difícil todavía, la manera en que su propia familia lo veía.

En este segundo manual de la serie, Ismael García R. toma esa historia antigua y la coloca frente a un espejo completamente actual: el de las familias donde padres e hijos conviven bajo el mismo techo sin realmente creer el uno en el otro. Padres que ven en sus hijos únicamente el rol que cumplen —el estudiante, el que ayuda en casa, el que debe portarse bien— sin detenerse a mirar el talento, la vocación o el corazón que Dios ya puso ahí. E hijos que, heridos por esa falta de reconocimiento, dejan de creer en el criterio, en la fe o en el amor de sus propios padres.

Lo que hace valiosa esta obra es que no señala culpables de un solo lado. Isaí, el padre de David, no es presentado aquí como un mal padre, sino como un padre humano, limitado, que —como tantos de nosotros— no supo ver a tiempo lo que su hijo menor llevaba dentro. Y David, el hijo menor, tampoco es idealizado: es un joven real, con hermanos que dudaron de él, en una familia real, imperfecta, donde Dios decidió actuar de todos modos.

Este manual no busca que usted memorice una historia bíblica más. Busca que, al leerla, se pregunte con honestidad:

¿qué talento de mi hijo no he sabido ver todavía? Y si es joven quien lee estas páginas: ¿qué necesito hacer para que mis padres empiecen a ver en mí lo que Dios ya ve?

Le invito a leer este libro en familia, si es posible, y a dejar que las Preguntas de Poder —esta vez escritas tanto para padres como para hijos— abran una conversación que quizás llevaba años esperando el momento de suceder.

Introducción

Antes de que David enfrentara a Goliat en el campo de batalla, enfrentó una batalla mucho menos conocida y, me atrevo a decir, mucho más difícil: la de no haber sido considerado, ni siquiera presentado, cuando el profeta Samuel llegó a su casa buscando al futuro rey de Israel.

El relato es breve pero revelador. Cuando Samuel pidió ver a los hijos de Isaí, uno por uno fueron desfilando los hermanos mayores: fuertes, de buena estatura, con la apariencia que cualquier padre esperaría de un futuro líder. David, el menor, ni siquiera fue llamado. Estaba en el campo, cuidando las ovejas, una tarea que su propia familia consideraba su única función, su descripción completa como persona.

Este manual parte de una pregunta incómoda: ¿cuántos padres, sin darnos cuenta, hacemos lo mismo que Isaí? Reducimos a nuestros hijos a la función que cumplen en el día a día —el que estudia, el que ayuda en casa, el que se porta bien o mal— y dejamos de ver lo que realmente son: jóvenes con un corazón, una vocación, un talento que quizás no encaja en la descripción que nosotros mismos les hemos asignado.

La Escritura nos revela un detalle que la familia de David no supo ver: mientras cuidaba ovejas, este joven adoraba, cantaba y danzaba delante de Dios en la soledad del campo. No era solamente un pastor; era un adorador. Y fue precisamente ese corazón, invisible para su propia familia, el que Dios sí observó, al grado de decir de él que tenía un corazón conforme a sus propios mandamientos.

Este manual está construido sobre una segunda observación, tan importante como la primera: la falta de reconocimiento no corre en una sola dirección. Así como Isaí no vio a tiempo el corazón de David, más adelante en la historia encontramos a Eliab, el hermano mayor, dudando abiertamente de las intenciones y la capacidad de David frente al gigante. La desconfianza, en muchas familias, se vuelve un ciclo de dos vías: los padres no creen en el talento del hijo, y el hijo, herido, deja de creer en el juicio, en la fe o en el amor de sus padres.

Los seis capítulos que siguen recorren esta historia por etapas, buscando siempre el espejo con nuestra vida familiar actual: la costumbre de reducir a nuestros hijos a un rol, el momento en que un padre no lleva a su hijo ante quien podría reconocer su valor, el significado profundo de que Dios mire el corazón y no la apariencia ni la función, la experiencia de un hijo que enfrenta la duda de los suyos, el momento en que ese mismo hijo enfrenta a su gigante con las herramientas que nadie más supo valorar, y finalmente, un camino práctico para que padres e hijos aprendan a bendecir lo que todavía no pueden ver del todo.

Como en el primer manual de esta serie, no encontrará aquí un tratado teológico, sino una conversación honesta, esta vez con dos interlocutores: el padre que lee y el hijo que también podría estar leyendo. Al final de cada capítulo hallará Preguntas de Poder separadas para cada uno, con la esperanza de que, tarde o temprano, ambas partes se sienten a compartir sus respuestas.

CAPÍTULO 1

Más que un Pastor de Ovejas

Toda familia tiene, sin proponérselo, una manera de describir a cada uno de sus integrantes. Basta con escuchar cómo hablamos de nuestros hijos frente a otras personas: el estudioso, el deportista, el necio, el tranquilo, el problemático. Estas etiquetas, aunque parezcan inofensivas, terminan definiendo no solo cómo los vemos, sino cómo ellos mismos aprenden a verse.

En la familia de Isaí, David era, sencillamente, el que cuidaba las ovejas. No era una descripción falsa: en efecto, pasaba largas jornadas en el campo al cuidado del rebaño familiar, una tarea necesaria pero considerada menor, generalmente asignada al hijo más joven mientras los mayores se preparaban para responsabilidades de mayor peso. Para su propia familia, esa función práctica parecía agotar por completo quién era David.

Lo que la familia de David no alcanzaba a ver —porque ocurría lejos de casa, en la soledad del campo— era una dimensión completamente distinta de ese mismo joven: un corazón que adoraba, que cantaba, que danzaba delante de Dios sin que nadie más lo presenciara. David no solamente cuidaba ovejas; se relacionaba con Dios de una manera íntima y constante, cultivando en privado una fe que, tiempo después, sería la base de su valentía frente al gigante.

Esta es, quizás, una de las lecciones más directas para cualquier padre o madre que lea estas páginas: es posible convivir a diario con un hijo y, aun así, desconocer por

completo la dimensión más profunda de quién es. Vemos el rol que cumple —el que ayuda en casa, el que cursa determinado grado escolar, el que practica cierto deporte— y damos por hecho que esa descripción agota su identidad completa.

Sin embargo, todo joven, como David, tiene una vida interior que con frecuencia permanece invisible para su propia familia: un talento artístico que solo se manifiesta a solas, una sensibilidad espiritual que no se atreve a compartir en casa por temor a la burla, una capacidad de liderazgo que nadie ha tenido la oportunidad de observar porque nunca se le ha dado el espacio para ejercerla.

Si usted es padre o madre, este primer capítulo lo invita a un ejercicio sencillo pero revelador: describa a cada uno de sus hijos en una frase, como probablemente lo haría frente a un conocido. Después, pregúntese con honestidad: ¿esa frase agota quién es mi hijo, o describe únicamente el rol que cumple en la rutina familiar? ¿Qué dimensión de su corazón, de su talento, de su vida interior, podría estarme resultando invisible, de la misma manera en que la vida de adoración de David permaneció invisible para su familia?

Si usted es un hijo o una hija leyendo estas páginas, este capítulo también le pertenece. Le invito a preguntarse si existe alguna dimensión suya —un talento, una pasión, una sensibilidad— que sus padres todavía no conocen, no porque la oculte con mala intención, sino porque nunca ha encontrado el espacio o la confianza para mostrarla. David cantaba y danzaba para Dios en el campo, a solas; quizás sea momento de que esa parte suya, cualquiera que sea, empiece a hacerse visible también en casa.

El primer paso para que una familia aprenda a ver el corazón y no solamente el rol, es aceptar que probablemente estamos viendo solo una fracción de quien tenemos frente a nosotros. David era mucho más que un pastor de ovejas. Nuestros hijos, con toda seguridad, son también mucho más de lo que la rutina familiar nos permite ver a simple vista.

CAPÍTULO 2

Cuando los Padres No Llevamos a Nuestros Hijos ante Quien Puede Verlos

Cuando el profeta Samuel llegó a Belén, enviado por Dios para ungir al futuro rey de Israel entre los hijos de Isaí, ocurrió algo que merece nuestra atención completa: Isaí presentó, uno por uno, a sus hijos mayores, y no llamó a David. Tuvo que ser el propio Samuel quien preguntara si acaso faltaba alguno más, para que Isaí, casi como un detalle menor, respondiera que quedaba el más joven, cuidando las ovejas.

Este no fue, con toda probabilidad, un acto de crueldad deliberada por parte de Isaí. Fue, más bien, la consecuencia natural de la manera en que ya hemos descrito: si para su familia David era solamente el pastor menor, resultaba lógico, desde esa perspectiva limitada, no considerarlo siquiera candidato para algo tan importante como ser presentado ante un profeta.

Aquí encontramos una de las advertencias más serias de este manual para los padres: con frecuencia, sin intención de dañar, dejamos de llevar a nuestros hijos ante las personas, oportunidades o experiencias que podrían revelar en ellos un talento que nosotros mismos no hemos sabido ver. No los inscribimos en determinada actividad porque no los imaginamos capaces. No los presentamos ante ciertas personas porque no consideramos que tengan algo valioso que ofrecer todavía. No los animamos a intentar cierto camino porque, en nuestra mente, ya los hemos clasificado dentro de un rol distinto.

El costo de esta omisión puede ser silencioso durante años, y solo hacerse evidente mucho después. David, afortunadamente, terminó siendo llamado ante Samuel gracias a la insistencia del profeta, no a la iniciativa de su padre. Pero cabe preguntarnos: ¿cuántos jóvenes, en la vida real, no cuentan con un Samuel externo que insista en preguntar por ellos cuando sus propios padres los han dejado fuera de la lista?

Esta reflexión no busca generar culpa retroactiva por decisiones ya tomadas, sino atención hacia adelante. Cada padre y cada madre que lee estas páginas tiene, probablemente en este mismo momento, alguna oportunidad, actividad o persona ante la cual todavía no ha llevado a su hijo, quizás por la misma razón que Isaí: porque no lo ha considerado, dentro del rol que le ha asignado, alguien capaz de aprovecharla.

Vale la pena, en este punto, un ejercicio concreto: piense en una oportunidad —una clase, un concurso, una persona con experiencia en determinada área, una responsabilidad dentro de la familia o la comunidad— que quizás no ha ofrecido a su hijo porque, en su mente, no lo ha imaginado como candidato. Pregúntese con honestidad si esa decisión responde a una limitación real de su hijo, o a la misma limitación de percepción que tuvo Isaí frente a David.

Para los hijos que leen este capítulo, la reflexión se orienta en otra dirección: si sienten que sus padres no los han llevado ante determinada oportunidad, ante determinada persona, ante determinado reconocimiento, vale la pena preguntarse con humildad si han hecho visible, de alguna manera, aquello

que querrían que sus padres vieran en ellos. David cantaba y danzaba en el campo; con el tiempo, esa dimensión suya se hizo pública, primero ante los hombres de su padre, después ante toda la nación.

Este capítulo cierra con una convicción que atraviesa todo este manual: ningún padre puede llevar a su hijo ante una oportunidad que no sabe que existe dentro de él. Por eso, el primer paso, tanto para padres como para hijos, es el mismo que abordamos en el capítulo anterior: aprender a ver, y a mostrar, lo que va más allá del rol asignado.

CAPÍTULO 3

Un Corazón Conforme al Suyo

Existe una frase, atribuida a Dios mismo en las Escrituras, que sintetiza el corazón de este manual: David era, según esa descripción, alguien conforme al corazón de Dios. No se le describe como el más fuerte, ni el de mejor apariencia, ni el más experimentado de sus hermanos —cualidades que, como vimos, sí poseían los hermanos mayores presentados primero ante Samuel—. Se le describe, sencillamente, por la condición de su corazón.

Esta distinción merece detenernos con calma, porque contradice buena parte de los criterios con los que, como padres, solemos medir a nuestros hijos. Medimos calificaciones, logros deportivos, comportamiento visible, cumplimiento de reglas. Son criterios legítimos y necesarios en la crianza, pero ninguno de ellos equivale a lo que las Escrituras destacan como determinante en el caso de David: la condición interior de su corazón, su disposición hacia Dios, su fidelidad en lo secreto del campo mucho antes de cualquier reconocimiento público.

¿Qué significa, en términos prácticos, tener un corazón conforme a los mandamientos de Dios? En el caso de David, se tradujo en una vida de adoración sostenida en la soledad, en una confianza genuina que después se manifestaría frente al gigante, y en una fidelidad que se mantuvo constante independientemente de si alguien más la estaba presenciando o reconociendo. El corazón de David no dependía de la aprobación de su familia para existir; existía, de manera auténtica, en el silencio del campo.

Esta es una segunda lección importante, esta vez dirigida especialmente a los jóvenes que lean este manual: el valor de su corazón, de su fe, de su talento, no depende en última instancia del reconocimiento de sus padres. Es maravilloso y deseable que ese reconocimiento llegue, y buena parte de este libro está dedicada a ayudar a que así sea. Pero mientras ese reconocimiento se construye, el ejemplo de David enseña que es posible sostener una vida interior genuina, incluso cuando quienes deberían verla todavía no la perciben.

Para los padres, esta reflexión exige un ejercicio de humildad: reconocer que los criterios con los que solemos evaluar a nuestros hijos —apariencia, desempeño, comportamiento visible— pueden estarnos impidiendo ver lo que verdaderamente importa, que es la condición de su corazón. Un hijo puede tener calificaciones modestas y, al mismo tiempo, un corazón profundamente noble. Puede no destacar en ninguna actividad visible para la familia y, sin embargo, sostener en privado una fe, una ética o una sensibilidad admirable.

Aprender a mirar el corazón, y no solamente la apariencia o el rendimiento externo, requiere de los padres una disposición distinta hacia la observación: menos preguntas sobre calificaciones y logros, más preguntas sobre lo que sus hijos aman, lo que los conmueve, lo que practican cuando nadie los está evaluando. Es, con frecuencia, en esas respuestas donde empezamos a encontrar el verdadero corazón de nuestros hijos.

Este capítulo, situado en el centro del libro, marca también un punto de inflexión en el argumento del manual: hasta aquí

hemos descrito el problema —padres que no ven, hijos que permanecen invisibles—; a partir de aquí, comenzamos a recorrer el camino de regreso, empezando por aprender a valorar lo que verdaderamente importa: no el rol que alguien cumple, ni su apariencia externa, sino la condición de su corazón.

CAPÍTULO 4

Cuando los Hijos Tampoco Creemos en Nuestros Padres

Hasta este punto hemos revisado, principalmente, la falta de reconocimiento que corre de padres hacia hijos. Pero la historia de David nos ofrece también el otro lado de esta misma moneda, presente en la figura de Eliab, su hermano mayor.

Cuando David llegó al campo de batalla llevando alimento para sus hermanos y escuchó las burlas del gigante Goliat contra el ejército de Israel, se atrevió a preguntar por qué nadie enfrentaba a ese hombre. La reacción de Eliab no fue de apoyo ni de curiosidad, sino de enojo abierto: lo acusó de soberbia, de haber abandonado las ovejas por simple curiosidad, de creerse capaz de algo que, a los ojos de su hermano mayor, claramente no le correspondía.

Este pasaje introduce una dimensión que las familias actuales conocen muy bien, aunque rara vez la nombramos con claridad: así como los padres podemos fallar en reconocer el talento de nuestros hijos, los hijos —y en este caso, los hermanos— podemos fallar también en creer en la capacidad, la fe o el criterio de quienes nos rodean, incluyendo a nuestros propios padres.

En muchas familias actuales, este segundo tipo de desconfianza se manifiesta con particular intensidad durante la adolescencia. Un hijo que ha crecido sintiendo que sus padres no reconocen su talento, con el tiempo, puede desarrollar una desconfianza generalizada hacia el criterio de

esos mismos padres: deja de creer en sus consejos, en sus decisiones, incluso en su fe y en los valores que intentan transmitirle. La herida de no sentirse visto se transforma, poco a poco, en una barrera que impide recibir cualquier cosa que venga de esos padres, incluyendo aquello que sí sería valioso.

Es importante nombrar esta dinámica con honestidad, porque con frecuencia los padres interpretamos la desconfianza de un hijo únicamente como rebeldía o falta de respeto, sin preguntarnos si esa desconfianza tiene una raíz anterior: la experiencia repetida de no haberse sentido reconocido en su verdadero valor.

Al mismo tiempo, es necesario decir con la misma claridad que la desconfianza de un hijo hacia sus padres, aunque tenga una explicación comprensible, no está exenta de responsabilidad propia. Eliab, en el relato bíblico, se equivocó al juzgar las intenciones de David basándose en prejuicios previos, sin darle la oportunidad de demostrar lo contrario. De la misma manera, un hijo que decide de antemano que sus padres no tienen nada válido que ofrecerle, cierra una puerta que podría conducir, con el tiempo, a la reconciliación y al reconocimiento mutuo.

Este capítulo, entonces, se dirige con la misma intensidad a ambos lados de la relación familiar. A los padres: la desconfianza de un hijo rara vez aparece de la nada; con frecuencia es la respuesta a años de sentirse no visto, y merece ser explorada con humildad antes de ser corregida con autoridad. A los hijos: la desconfianza hacia los padres, aunque tenga raíces comprensibles, puede convertirse en una

barrera que impide recibir, más adelante, el reconocimiento y el apoyo que en realidad sí están disponibles.

David, a pesar del rechazo de su hermano mayor, no abandonó el campo de batalla ni renunció a su convicción. Ese es, quizás, el puente entre este capítulo y el siguiente: la fe y el talento que Dios ya había puesto en David no dependían, en última instancia, de que Eliab creyera en él. Y esa misma verdad, aplicada con cuidado, puede sostener tanto a padres como a hijos mientras trabajan, paso a paso, en reconstruir la confianza mutua.

CAPÍTULO 5

Frente al Gigante: La Fe que Nadie Vio Venir

Llegamos al momento más conocido de esta historia: el enfrentamiento entre David y Goliat. Vale la pena, sin embargo, observarlo con la mirada que hemos construido en los capítulos anteriores, porque revela algo que suele pasar desapercibido: David venció al gigante utilizando, precisamente, las herramientas que su familia jamás había considerado relevantes.

Cuando el rey Saúl intentó vestir a David con su propia armadura, el joven la rechazó: no estaba acostumbrado a ella, no era suya. En cambio, tomó su honda y las piedras que había usado durante años en el campo, defendiendo el rebaño familiar de animales depredadores. La misma habilidad que su familia consideraba menor, propia de una tarea sin prestigio, resultó ser exactamente la herramienta que necesitaba para enfrentar al gigante que ningún guerrero experimentado se atrevía a desafiar.

Esta es, quizás, la ironía más poderosa de todo el relato: lo que la familia de David clasificó como una función secundaria—cuidar ovejas, alejado del reconocimiento y del prestigio—se convirtió en el entrenamiento exacto que Dios utilizó para preparar a David para su momento decisivo. Nada de lo vivido en el campo fue en realidad menor o desperdiciado; todo formaba parte de una preparación que nadie más supo identificar a tiempo.

Esta verdad tiene una aplicación directa para las familias actuales: con frecuencia, aquello que consideramos secundario en la vida de nuestros hijos —una afición, un talento poco convencional, una experiencia que no encaja en el camino que habíamos imaginado para ellos— puede ser, en realidad, la preparación exacta para un desafío futuro que todavía no podemos anticipar. Descalificar esas experiencias por no ajustarse a nuestras expectativas puede significar, sin saberlo, descalificar precisamente las herramientas que nuestros hijos necesitarán el día de mañana.

Otro elemento decisivo en este pasaje es la fuente de la valentía de David. No enfrentó al gigante confiando únicamente en su puntería con la honda, sino en la misma relación de fe que había cultivado, invisible para su familia, durante los años de soledad en el campo. La valentía visible frente a Goliat fue, en realidad, la consecuencia pública de una fe privada, sostenida mucho antes de que nadie más la reconociera.

Para los jóvenes que leen este capítulo, hay aquí una invitación directa: los gigantes que cada generación enfrenta —ya sean académicos, sociales, emocionales o espirituales— rara vez se vencen con las herramientas que otros consideran prestigiosas o visibles. Con frecuencia, se vencen con aquello que uno mismo ha cultivado en privado, en la soledad de su propio campo, sea cual sea la forma que ese campo tome en la vida de cada quien.

Para los padres, la invitación es igualmente directa: antes de que el gigante de nuestros hijos aparezca —y con toda seguridad aparecerá, en una forma u otra— vale la pena

preguntarnos qué herramientas está cultivando actualmente en privado, lejos de nuestra supervisión directa, y si estamos dispuestos a confiar en ellas incluso cuando no encajan con lo que nosotros hubiéramos elegido para esa batalla.

David venció al gigante no a pesar de haber sido subestimado por su familia, sino utilizando exactamente aquello que esa misma subestimación había dejado intacto y sin interferencia: su fe personal y su habilidad práctica, cultivadas ambas en el anonimato del campo. Ese es, quizás, el mensaje central de este capítulo: lo que hoy parece menor en la vida de nuestros hijos podría ser, mañana, exactamente lo que necesiten para vencer aquello que ninguno de nosotros puede anticipar todavía.

CAPÍTULO 6

Bendecir lo que Aún No Vemos

Cerramos este segundo manual con una pregunta práctica: ¿cómo construimos, de manera concreta, una familia donde padres e hijos aprendan a reconocerse mutuamente, incluso antes de tener toda la evidencia que quisiéramos?

El primer paso, dirigido especialmente a los padres, es adoptar la práctica de bendecir en voz alta lo que todavía no se manifiesta por completo. Isaí no pudo hacerlo con David porque no alcanzaba a ver más allá del rol de pastor; nosotros, advertidos ya por esta historia, tenemos la oportunidad de actuar de otra manera. Bendecir en voz alta un talento incipiente, una sensibilidad que apenas se asoma, una vocación que todavía no toma forma clara, es sembrar en nuestros hijos la confianza que necesitan para desarrollar plenamente aquello que llevan dentro.

Esto no significa fingir cualidades que no existen, sino prestar atención genuina a las señales tempranas: la manera en que un hijo se ilumina al hablar de cierto tema, la actividad en la que pierde la noción del tiempo sin que nadie se lo exija, la sensibilidad que muestra hacia determinadas causas o personas. Estas señales tempranas son, con frecuencia, el equivalente actual del canto y la danza de David en el campo: la evidencia de un corazón que ya está en marcha, esperando ser reconocido.

El segundo paso, dirigido especialmente a los hijos, es la disposición a mostrar, con humildad y sin exigir reconocimiento inmediato, aquello que llevan dentro. David

no exigió que su familia reconociera de golpe su valor; simplemente continuó cultivando su relación con Dios y su habilidad con la honda, con constancia, hasta que la oportunidad de manifestarlo llegó de manera natural. Esta disposición paciente, sin resentimiento, es tan importante como la disposición de los padres a observar con atención.

El tercer paso, y quizás el más exigente para ambas partes, es la disposición a la reconciliación cuando el reconocimiento ha llegado tarde. Muchos padres, al leer estas páginas, reconocerán con dolor talentos que no supieron ver a tiempo en sus hijos, ahora ya adultos. Muchos hijos reconocerán resentimientos guardados durante años hacia padres que, como Isaí, simplemente no supieron ver lo que tenían enfrente. En ambos casos, la historia de David ofrece un camino: el reconocimiento tardío sigue siendo reconocimiento válido, y la reconciliación, aunque llegue después de lo deseado, sigue teniendo el poder de sanar lo que se quedó pendiente durante años.

El cuarto y último paso es recordar la enseñanza central de este manual: en última instancia, es Dios quien ve el corazón con precisión perfecta, incluso cuando las familias humanas fallamos en verlo con claridad. Esto no nos exime de nuestra responsabilidad de esforzarnos por ver mejor a quienes tenemos enfrente, pero sí nos ofrece un descanso importante: ningún talento, ninguna vocación, ningún corazón genuino queda finalmente perdido por falta de reconocimiento humano, porque hay una mirada que ya lo ha visto desde siempre.

Que este segundo manual sirva, entonces, como punto de partida para una conversación que muchas familias necesitan sostener: padres dispuestos a bendecir lo que apenas empiezan a ver en sus hijos, e hijos dispuestos a creer que, incluso cuando el reconocimiento tarda en llegar, hay un corazón dispuesto a encontrarlo, tanto en la tierra como en el cielo.

Antes de las Preguntas de Poder

Como en el primer manual de esta serie, la lectura de este libro no concluye en su última página, sino en la conversación que provoque dentro de su hogar. Esta vez, las Preguntas de Poder están organizadas para dos voces: la de los padres y la de los hijos.

Le sugiero destinar un tiempo específico para que ambas partes respondan por separado, y después compartan sus respuestas en una conversación abierta, sin interrupciones ni correcciones inmediatas. El objetivo no es tener la razón, sino, como David, empezar a ser vistos —y a ver— con el corazón.

Preguntas de Poder

Capítulo 1 — Más que un Pastor de Ovejas

Para los padres

- Si tuviera que describir a mi hijo en una sola frase, ¿describiría su rol o su corazón?
- ¿Qué dimensión de la vida interior de mi hijo podría estarme resultando invisible?

Para los hijos

- ¿Existe algún talento o pasión mía que mis padres todavía no conocen?
- ¿Qué podría hacer esta semana para mostrar esa parte de mí en casa?

Capítulo 2 — Cuando los Padres No Llevamos a Nuestros Hijos ante Quien Puede Verlos

Para los padres

- ¿Qué oportunidad no le he ofrecido a mi hijo porque no lo he considerado, en mi mente, candidato para ella?
- ¿Qué persona o experiencia podría acercar a mi hijo esta semana para ayudarlo a mostrar su talento?

Para los hijos

- ¿He hecho visible, de alguna manera, lo que quisiera que mis padres vieran en mí?
- ¿A qué oportunidad me gustaría que mis padres me ayudaran a acercarme?

Capítulo 3 — Un Corazón Conforme al Suyo

Para los padres

- ¿Qué criterios uso normalmente para evaluar a mis hijos: apariencia y desempeño, o la condición de su corazón?
- ¿Cuándo fue la última vez que le pregunté a mi hijo qué es lo que ama, más allá de sus calificaciones o logros?

Para los hijos

- ¿Sostengo alguna convicción, fe o valor en privado, aunque nadie más la reconozca todavía?
- ¿Qué me ayudaría a seguir cultivando esa convicción, aun sin el reconocimiento inmediato de mi familia?

Capítulo 4 — Cuando los Hijos Tampoco Creemos en Nuestros Padres

Para los padres

- ¿La desconfianza de mi hijo hacia mí podría tener raíz en que no se ha sentido reconocido en su verdadero valor?
- ¿Qué puedo hacer, con humildad, para explorar esa desconfianza antes de responder con autoridad?

Para los hijos

- ¿He decidido de antemano que mis padres no tienen nada válido que ofrecerme?
- ¿Qué puerta podría abrir esta semana para darles, de nuevo, la oportunidad de demostrar lo contrario?

Capítulo 5 — Frente al Gigante: La Fe que Nadie Vio Venir

Para los padres

- ¿Qué actividad o talento de mi hijo, hoy considerado secundario, podría ser en realidad su preparación para un desafío futuro?
- ¿Estoy dispuesto a confiar en las herramientas que mi hijo cultiva en privado, aunque no sean las que yo hubiera elegido?

Para los hijos

- ¿Qué he cultivado en privado, sin que nadie más lo reconozca, que podría ayudarme a enfrentar un desafío futuro?
- ¿En qué necesito confiar más en mi propia fe y preparación, aunque otros todavía no la vean?

Capítulo 6 — Bendecir lo que Aún No Vemos

Para los padres

- ¿Qué talento incipiente de mi hijo podría bendecir hoy en voz alta, aunque todavía no se manifieste por completo?
- ¿Qué reconocimiento tardío le debo todavía a alguno de mis hijos, y cómo podría ofrecerlo esta semana?

Para los hijos

- ¿Estoy dispuesto a mostrar con paciencia lo que llevo dentro, sin exigir reconocimiento inmediato?

- ¿Qué resentimiento por falta de reconocimiento necesito soltar para permitir la reconciliación con mis padres?

"Calidad humana para el éxito profesional"

Academia Internacional de Calidad

@academiacalidad